

VISIÓN POÉTICA PERSONAL DEL MUNDO HUERTANO. UN RÍO MORIBUNDO

FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

Le agradezco muy de veras al profesor don Gregorio Canales que me haya dado la oportunidad de exponer mi trabajo en esta Cátedra Arzobispo Loazes, de la que él es Director Académico y Coordinador de este ciclo de conferencias sobre la huerta.

Por esta Cátedra han pasado –y pasarán– profesores formados científicamente, investigadores de los que aportan o pueden aportar soluciones; pero éste no es mi caso, ya que lo mío, siempre ha estado y está dentro del cerrado y subjetivo mundo de la poesía. Por esta sencilla razón, mi participación en este ciclo se centrará en una visión poética personal del mundo huertano desarrollado en torno a nuestro río Segura.

Por tanto, dividiré este trabajo en dos partes diferenciadas en cuanto a la forma, ya que la primera será como una pequeña crónica de la nostalgia, mientras que la segunda constará de unos poemas entresacados de mi obra poética donde lamento la ruina de nuestro río y su paisaje, ya inexistente, que siempre consideré arcádico.

Porque si hubo algo hermoso que configurara como una Arcadia a nuestra Huerta, no fue otra cosa sino su espléndido paisaje fertilizado por nuestro pequeño y rumoreante río. Lo demás, el elemento humano, artífice de este paisaje, fue un sujeto sometido a los vaivenes de cada momento histórico que le tocó vivir. O sea: un colectivo anónimo, bregado y laborioso. Pero fue la tenacidad y el buen gusto de estos hombres agricultores los que hicieron de las huertas de Orihuela y Murcia un oasis incomparable.

Pero hace ya mucho tiempo –y lo digo entristecido– que estamos asistiendo a la lenta y dolorida agonía de nuestro río, sin que un eficaz remedio venga a poner



cura a su perniciosa enfermedad, cada vez más contagiosa y, por tanto, más alarmante.

A toda persona responsable, habitante de las tierras y riberas de nuestro río, le duele saber que lo que soñó el romano, hizo el moro, cultivó el mudéjar y se repartió el cristiano, muere por falta de asistencia.

Hace años se habló de que a nuestra Huerta le quedaban cien años de vida. Pero nuestro disgusto y nuestra tristeza son grandes porque lo de nuestro río ha sido la agresión ecológica más imperdonable que se conoce. Y digo imperdonable porque han sido aquellos que, con su influencia y poder, debían haber evitado esta catástrofe, no han hecho ni el más mínimo esfuerzo para mejorarlo después de tantos años de abandono y envenenamiento. Sin embargo, sí que ha sido utilizado para sus fines no pocas veces espúreos.

Desde la presa de Ojós hasta Guardamar del Segura, el río se ha convertido – lo han convertido– en un ramblizo estigio. Han sido tantas y tan desacertadas las manos que sobre él se han puesto que nunca volverá a ser el saludable y rumoroso río que conocimos cuando éramos niños. Raro es el día que no leemos o nos enteramos de los desafueros que contra él se cometen. El mes pasado se manifestaban los agricultores de Alquerías y Beniel contra el dueño de un motor ilegal que extraía 400 litros de agua por segundo. En una de sus pancartas se leía: “!LADRONES!” En otra: “LOS REGADÍOS ILEGALES NOS SECAN EL RÍO”. Este es uno de los muchos atentados que con frecuencia se cometen contra el río. Pero el gran atentado a su verdoso esplendor lo recibió con la canalización, llevándose por delante meandros sinuosos y lentos que hacían del agua un espejo pando y sereno. Ahora, cuando miramos su encajonado cauce, echamos en falta cañaverales, álamos, tarayes, sauces, juncos y, sobre todo, aquel mundo pajareril que hacía de sus riberas una delicia de gorjeos.

Algunos (conocemos sus nombres) ¿irresponsablemente? echan residuos, desperdicios a las aguas poniéndolas de una hediondez irrespirable. La prensa y las asociaciones de ecologistas nos hablan con machacona insistencia, digna de mayor atención por parte de los gobernantes de turno, de cómo nuestro río a su paso por nuestras ciudades y pueblos, durante los largos meses de verano en que la sequía nos agobia, nos da la patética imagen de un espeso y maloliente lodazal. Si el agua es poca y mala, y las depuradoras escasas y casi inservibles, nuestra preocupación y nuestro temor nos inquietan por el deterioro causado a esta gran parcela de hermosura, que es nuestra Huerta, la tierra por donde discurre el río Segura.

No quisiera parecer apocalíptico. Pero debemos reconocer también que no sólo son las aguas las que con sus tóxicos desnivelan nuestro equilibrio ecológico. Hay también otros venenos que actúan implacablemente a favor de esta muerte. Y son: insecticidas, herbicidas, plaguicidas, pesticidas y fumigaciones un tanto arbitrarias y mal controladas, las que están dando al traste con las pequeñas aves que alegraban nuestra Huerta. Apenas quedan ruiseñores, petirrojos, tarabillas, aguzanieves y otras especies insectívoras.



La evolución técnica ha hecho, sin duda, que nuestros huertanos mejoren en bienes materiales, ayudados, por supuesto, de otros trabajos complementarios con los que aliviar sus precarios minifundios. Pero esta misma evolución descontrolada les ha arrebatado su antiguo y esplendoroso paisaje, ya que al entubar los cauces se ha llevado por delante los grandes y pomposos árboles, los que llegado el buen tiempo se vestían de fronda rumorosa, haciendo más vistosos los altos y verdes andamios de sus haldares.

Así, que para volver a hacer nuevamente perdurable, bello y atrayente, este devastado entorno, hay que cuidar de sus cimientos, hay que mimar y purificar las aguas en que se sostienen ciudades, pueblos y tierras ubicadas en las riberas de nuestro río. Para eso necesitamos ¡unos cimientos de agua!; pero de agua pura. Heráclito, el oscuro filósofo griego, no entendería esta paradoja. Pero nosotros, los murcianos, los oriolanos y todos los que hemos nacido y aún vivimos cerca de nuestro río, lo hemos entendido siempre. Porque con el agua, lo somos todo; sin ella sólo seremos espacio polvoriento, un desangrado predio tejido de cauces secos y ocultos que en otros tiempos fueron fértiles y gorgoteantes. No hay más que recordar las landronas, los meranchos, los azarbones y el Azarbe Mayor, los que traían el agua limpia y saludable de los escurrimbres y avenamientos, los pozos artesianos, y las colas de riego, hasta los tres puentes, cerca del Arenal, ya en tierras de Orihuela, hasta abocar en la Meranchona, y de ésta al río Segura. ¿Cómo llega esta agua, ahora que han bajado los niveles freáticos, se han secado los pozos artesianos y apenas si se riega para que se revitalicen las aguas muertas? Pues sólo basta visitar para verla esos lugares y topónimos que vengo citando.

Todo lo antedicho es lamentablemente cierto. Lírico e ingenuo les parecerá cuanto aquí estoy recordando; quizá demasiado aquejado por una inútil búsqueda en el tiempo, o por una sentimental crónica de la nostalgia.

Pero con mis 78 años a cuestas les puedo asegurar que he gozado de las más hermosas sensaciones que nos proporciona con creces una naturaleza tan mimada como lo fue, y todavía lo es, a pesar de tanta barbarie ecológica, la de Murcia y Orihuela.

Siempre recordaré con profunda emoción aquella paciente figura del pescador con caña, tan cargado de anécdotas, que de landrona en landrona y de merancho en merancho, saltaba y saltaba de un lado para otro en busca de algún barbo, carpa o anguila que tanto abundaban en nuestras aguas. Hoy, esa figura, tan familiar entonces, ha desaparecido por completo de nuestro trasquilado paisaje. Por cierto, que muchos pescadores se lamentaban de que los patos domésticos los pescasen. Temían estos buenos hombres que estos palmípedos acabasen con los alevines. ¡Qué lejos andaban ellos de comprender que la desidia habría de hacer más daño que todas aquellas bandadas de patos que alborotaban nuestros cauces! Hoy, ya, ni patos ni peces, el agua es densa y letal, y sobre los azudes de nuestro río ya no saltan contra corriente aquellas collas de peces por alcanzar los remansos pandos y acogedores donde solían desovar. Y en verdad que apenas mucho no poder gozar de tan grata contemplación. Esa bellísima y sosegada estampa ya no la verán nuestros ojos.



Las pocas aguas escapadas de la presa de Ojós bajan viciadas, peligrosamente contaminadas, aniquilando a su paso la vida. El sapo, ese batracio de mirada acuosa, torpe y nublada, que ya en marzo tenía sus viscosas huevas sobre la arrelentada yerba o en algún sereno recodo, ha desaparecido. Y así, muchas especies acuáticas.

Y no acaba aquí esta visión devastadora, ya que landronas, meranchos, medianeros, escurredores y otros cauces que servían para drenaje de aguas muertas, no hace todavía muchos años eran sitio propicio, por su atemperada humedad, para las últimas moreras de nuestra Huerta. Con la fiebre de entubar -antes se cimbraba- estos pequeños pero numerosos cauces, para evitar las mondas, también de sus quijeros han sido arrancadas de cuajo las pocas moreras que allí crecían. Y no solamente han sido las moreras las arrasadas, sino que cañaverales, chopos, álamos, palmeras, parras trepadoras, membrilleros, granados, nispoleros, higueras, jinjoleros y otras muchas y raras especies cuya enumeración se haría demasiado larga, han sido prácticamente aniquiladas. Si digo esto es porque hemos perdido un hermoso paisaje irrecuperable; pero soy consciente de que si hemos querido modernizar y ensanchar viejos caminos, veredas, sendas y lugares intransitables, ha sido necesario prescindir de estos abigarrados y umbrosos márgenes. Sin embargo, insisto en que en esto nos hemos apresurado mucho y hemos reflexionado muy poco.

Todos estos cauces, que fueron venas del río, portadores de salud, nos los hurtaron a la vista. Ahora nos queda un río esclerótico. ¿Quién cuida de él? ¿Quién lo vigila? ¿Nadie? ¿Es que es más fácil sancionar a un deambulante y pacífico pescador con caña que salta confiadamente de un lado a otro, por el solo hecho de llevar un cebo prohibido o infringir la veda, que a un ensuciador diario y ordinario asentado siempre en el mismo lugar? Sabemos que algunos de estos ensuciadores chantajean a los poderes públicos y sindicales amenazando con suprimir puestos de trabajo si se les obliga a poner depuradoras en sus empresas.

Hubo en tiempo en que los ríos eran sagrados porque los hombres los asociaban a la fugacidad de la vida. Y no solamente los poetas los cantaron, sino que también los filósofos meditaron a su paso sobre la imposibilidad de poder bañarse dos veces en la misma corriente. Así nos lo recuerda Heráclito y sus seguidores. Hoy, el río Segura, en su último tramo hacia el mar, también ha perdido su persuasivo y mágico encanto, ese sagrado misterio (que era su incontrolable rumor), ese aroma de leyenda, esa agradable posibilidad de poder bañarse limpiamente siquiera una sola vez en su corriente, con lo que ha venido a quedar en motivo de reflexión, cuando no de discordia. Porque rara es la semana que, bien los ecologistas, los de las pintadas y paseos en bicicleta a lo largo de su curso fluvial, o bien las instituciones más allegadas a él, nos salen a la palestra justificando su condición de defensores, como si el río solamente a ellos les atañera. Y ya estamos viendo el resultado de tanto derroche de eficacia.

Aquí, donde según declaraciones de alguien responsable, "ni contaminadores pagan ni el MOPU les cobra", es poco efectivo el tan pregonado interés que estos señores dicen demostrar para que las aguas no discurran escasas, turbias y contaminadas. Como tampoco parece que sean muy escuchadas tantas y repetidas quejas



por parte del numeroso colectivo humano que vive en torno al río desde Archena (donde dicen que comienza la contaminación) hasta Guardamar del Segura, donde este río, cadáver maloliente, va transpirando hedor, despojado de sus frondosas riberas, de sus vistosos pájaros, de sus aves acuáticas, de sus albos y azogados peces, de sus verdes y espigadas cañas y de todo, en resumen, cuanto fue su idílico porte y que en tiempos más respetuosos para con la naturaleza, ésta le acompañaba en su lenta y rumoreante andadura hasta dar en el mar, en su muerte oceánica, por lo grandiosa, donde mueren según el poeta los caudalosos, medianos y pequeños ríos. No así el nuestro, que nunca fue en río caudaloso, sino cuando se salía de madre por causa de las riadas, las que con sus limos hacían nuestra Huerta más fértil y fecunda.

Nunca estuvo nuestro río tan enfermo y desahuciado como lo está ahora, porque no solamente hemos puesto sobre él nuestras devastadoras manos, talándolo de todo vestigio vegetal, sino que, además, después de ensuciarlo, lo hemos arrinconado con nuestra indiferencia a un bochornoso olvido. Pero nuestra desidia nos ha hecho y nos seguirá haciendo merecedores de las más duras acusaciones por parte de los futuros habitantes cercanos a nuestro río.

Ni Junta de Hacendados, ni Sindicatos de Regantes, ni Confederación Hidrográfica, ni Comisaría de Aguas, ni Agencias Medioambientales, ni ecologistas tirando a verdes, ni desangelados graffitis, tan ostensibles, que acallan nuestras conciencias y nos justifican anónimamente, ni promesas a corto plazo de parte de las *altas instancias*, ni histrionismos coyunturales, podrán devolverle la salud a este glorioso enfermo, que es nuestro río Segura. Para ello tendrían que desaparecer de su mermado cauce esos esponjosos vellones de detergente, que no son otra cosa que burbujeante materia cáustica, fermentación pútrida, acción corrosiva y muerte en vuelta en la blanca apariencia de inofensiva espuma.

Por eso, os digo: velémosle, pero no muerto; que velar por él es vigilarlo, y defenderlo, y denunciarlo de tantos conocidos enemigos que en cada tramo de su largo curso le salen al paso abriendo impunemente esas esclusas por donde se atorbellinan en desmesurados aluviones esos atufantes posos arrastrados en los desagües.

No me canso de decirlo, y en ello me reitero: este es ya un río moribundo y no aquel de mi lejana infancia y juventud cuando en el "Chinarral" nos bañábamos en hermosa y descuidada promiscuidad los muchachos de Llano de Brujas y Torreagüera, como igualmente se hacía en todos los pueblos ribereños hasta su desembocadura en el Mediterráneo.

Había meandros serenos y livianos donde las aguas espejeaban bonancibles y no cubrían más allá de las rodillas; y lugares umbrosos y paradisiacos reservados a las adolescentes, siempre bajo la atenta mirada de sus madres. Nosotros, ya muchachos con el vivo rescoldo de la pubertad, nos acercábamos furtivamente a aquellos lugares privilegiados y, como la mujer de Lot, no pudiendo contener nuestra curiosidad, mirábamos y veíamos cómo algunas muchachas salían de las aguas como las corzas de la leyenda; y otras, porque aún tardaron muchos años en conocerse el bikini, con las camisas caladas y muy pegadas a las carnes que mostraban su



apretada morbidez. Pero ante esto, que fue idílico, sólo me queda el nostálgico refugio de mi poesía. Y a ella acudo para lamentar elegíacamente este desprecio y dejación, este delito de lesa sociedad, este estado moribundo, esta agonía larga y desasistida. Por eso, me autocito y digo:

Oh río sin riberas, tú que has sido
gallardísimo joven de verdosa
y aborascada barba caudalosa
y renovada rama para el nido;

tú, incansable viajero, entretenido
con el álamo airoso, con la umbrosa
cañavera, la fronda rumorosa
y el albo pez y el pájaro pulido;

agónico caudal, brazo que fuiste
como una vena inmensa, raíz de vida,
regresa a la salud y danos, río,

motivos de esperanza; anima y viste
a tu paso el paisaje; hazte una herida
manadora y eterna entre el plantío.

Pienso que nunca más volverá a ser nuestro río aquel rumor vegetal -ya está canalizado- ni lugar de aves acuáticas -¿dónde anidarán?- como aquellas escurridizas pollas de agua, patos silvestres, garcillas, fochas migratorias, andarríos, pioverdes, nutrias y la muy diversa y sorprendente fauna que habitaba sus riberas.

Hasta aquí he llegado con esta somera reflexión literaria acerca de este río desahuciado. Pero hay algo todavía más grave y sangrante que me gustaría dedicarle unas palabras: Y es de la insolidaridad de otras comunidades con nuestras tierras del Sureste. Y esto nos lleva a preguntarnos: ¿De quiénes son los ríos de España?

Cuando yo era niño, en tiempos de la República, en las lecciones de geografía se nos enseñaba a conocer los ríos de la península, aprendiéndonos de memoria sus nacimientos, sus afluentes y regiones y ciudades por donde pasaban. Entonces los ríos eran de España y Portugal, siempre que desembocaran en el Atlántico.

Ya en aquellas fechas se hicieron en el campo de Cartagena algunos canales para el trasvase. Canales de los que aún hoy quedan algunos tramos. Y también de aquellos enfebrecidos años nos queda el más encendido discurso que sobre esta magna obra, tan necesaria como salvadora para estas alucinantes tierras del Sureste, nos dejara el entonces Ministro de Obras Públicas, el socialista don Indalecio Prieto.

Hay en aquel reflexivo y humano discurso amonestaciones para "quienes por patrocinar el régimen republicano una empresa de esta naturaleza le negara su asistencia y auxilio, serían, no enemigos del régimen, sino unos miserables traidores



a España". Estas hermosas y abarcadoras palabras, que debieran ser motivo de reflexión ética para algunos políticos de ahora, son las de un verdadero hombre de Estado.

Sin asombrarme, porque a mi edad ya no hay pasmo que me sobrecoja, leo en la prensa que la reiterada postura del señor Bono, presidente de Castilla-La Mancha, "sigue siendo absolutamente contraria a los trasvases de agua del Tajo, como ya se ha demostrado que hayamos recurrido jurídicamente contra ella". (Son palabras del señor Bono recogidas en la prensa). ¿Qué diría el socialista don Indalecio Prieto ante esta insolidaria declaración del socialista don José Bono? Lástima grande es que al hacer realidad este noble y ambicioso proyecto del viejo político socialista, sólo esté sirviendo para desavenencias y escaramuzas verbales entre los dirigentes de las comunidades vecinas.

Ahora mismo, dos frentes aún más virulentos se han abierto desde Aragón y Cataluña contra las Comunidades de Valencia, Murcia y parte de la de Andalucía; la que comparte con nosotros la alucinante sed del Sureste español: las tierras de Almería. Mientras que aquí clamamos agobiados por falta de agua, en Aragón, el señor Iglesias pone trabas, impedimentos y recursos ante la Unión Europea, negándonos la que del Ebro se pierde en el mar. Y en Cataluña, el señor Maragall, insiste tozudamente que para Valencia y Murcia ni una sola gota de agua del Ebro, añadiendo, no sin sarcasmo, que seamos autosuficientes y no derrochemos el agua. A nosotros nos aconseja, precisamente a nosotros, que llevamos el *ánimus rigandi* en nuestros genes. Con solidaridades como éstas, nuestro patrimonio agrícola-cultural, que es la Huerta, tiene pocas posibilidades de sobrevivir.

Y voy terminando ya. La tierra, nuestra sedienta tierra, necesita agua. Nuestra salud y bienestar dependen de ella. El agua existe en otras comunidades "hermanas", pero allí no podemos votar los que hace ya tiempo venimos clamando por el agua que a otros les sobra, y que tan generosamente les pagamos. Y también venimos sufriendo por el solo temor de que pronto llegue a faltarnos, drama que ya está sucediendo en veintitrés municipios murcianos.

Mientras tanto, no pocos demagogos le deben más a la lluvia, a la nieve y a su situación geográfica que a sus cualidades políticas y humanas. Hay desgracias naturales, como esta de la sequía, por falta de lluvia, que convierte parte de nuestros territorios en antesala del desierto. Pero también hay actitudes negativas que dan votos y "carisma" (también esta palabra la entrecomillo) a los insolidarios ambiciosillos de turno. A esos que cuando se les oye hablar parece que disponen de los ríos y los embalses como si de sus propias fincas se tratara.

Por eso me pregunto, nos preguntamos: ¿De quienes son los ríos de España?

Y ahora, para terminar, cambiaré de forma, pero no de tema.

Como he anunciado al principio de este trabajo que habría una segunda parte compuesta de poemas referentes al río, seré breve y solamente leeré dos sonetos y dos pequeñas composiciones en verso blanco.



Son los siguientes:

SÚPLICA ANTE UN PAISAJE AMENAZADO

Soneto

Dejad, siquiera, un árbol para el ave
y una brizna de yerba para el nido
y respetad el soto verdecido
y el aire puro y la montaña grave.

Dejad el manantial oculto y suave
en su mínimo son entretenido
y la semilla al pájaro nacido
entre plumas y trinos; que ya sabe

por sí sola la muerte cuando es hora
de entrar en su elegido y anunciarle
la verdad más fatídica y temida.

Dejad correr la savia bienhechora.
Contemplad la belleza y no arrancadle
a destiempo sus galas a la vida.

LENTO MAESTOSO

El río era el meandro, el pez, el pando
discurrir de su nítida corriente;
caudal sobre caudal: en afluyente
que lo fue enriqueciendo y ensanchando.

El río era un rumor, un eco blando
y fluvial, salutífero, atrayente;
persuasivo doncel munificente
que de la cumbre al mar se fue ofrendando.

El río fue la verde cañavera,
el espigado junco, el sauce umbrío,
revistiendo de gracia la ribera.

El río fue el alegre griterío
de la avifauna, cuando el celo altera
por igual sangre y pluma: eso era el río.



ELEGÍA POR UN RÍO

...que van a dar en la mar
Jorge Manrique

Jorge Manrique, maestro amado, escucha
mi queja hecha cantar por este río
que ante mis ojos pasa
no hacia el mar a morir, sino ya muerto.
Yo lo vi en mi niñez, fértil y hermoso,
como un brazo de vida entre la tierra.
Peces y pájaros le acompañaban
en su lenta andadura entre recodos
sombreados de álamos y mimbres
y verde cañavera donde un día
anidaron las fochas y los patos.

Grande es mi queja, maestro, porque ahora
le han muerto el agua, y en su lecho yace
no vital y abundoso, sino oscuro
como el fin de la luz. Río indefenso,
nadie le llora. Ni siquiera llegan
a verlo en su agonía revolverse
—serpiente venenosa, deslizada—
con su carga letal, de turbia linfa,
ya légamo incurable, desahuciado.

Río-padre de todos, pienso cómo
sufrirías, Jorge-río del mundo,
tú que amaste los ríos de la vida
con una pena impar porque se acaban
en el mar del morir, si hoy contemplaras
este río, cadáver maloliente,
sin riberas, sin pájaros, sin peces,
hacia la mar, ya muerto por los hombres.



¿QUÉ DIRÍAS, NAUSICA?

DEDICATORIA

A las niñas Ana y Laura Calvo
Andújar, para que no olviden que ellas
también tuvieron un río tan hermoso
como el de *Nausica*.

Y apenas ellas hubieron llegado
a la parte del río donde estaban
los lavaderos que continuamente
llevaban agua limpia y cristalina
a la que ninguna suciedad era
capaz de resistir, se dispusieron
a desuncir las mulas y dejarlas
pacer en libertad sobre las frescas
y herbosas orillas del feraz río,
cuajadas de verdosa y dulce grama.
Mientras, Nausica, la de níveos brazos,
alegremente, comenzó a cantar.

HOMERO. La Odisea. Canto VI

¿Qué dirías, Nausica, si hoy volvieras
al rumoroso río de tu infancia
y lo vieras ya muerto y profanado
como yo veo el mío?

¿En qué ribera
afelpada de grama jugarías
con niñas de tu edad, y en qué alta rama
a secar tenderías tus vestidos?

El sagrado refugio de los pájaros
ya es un lugar que apesta, pues la mano
despiadada del hombre así lo quiere.
Los árboles pomposos, los recodos
de bonancibles aguas, sólo existen
en la memoria de los que aún vivimos.
Era tan clara el agua que, al filtrarla
la claridad solar, veía cómo
los albos peces, nadadores natos,
jugando en los remansos, perseguían
con bruscos quiebros su azogada sombra.



Y en el limoso lecho, entre las ovas,
rebullía la vida en sus especies.
¡Tan grande era mi asombro al contemplarlos
como es grave hay mi pena que os remite
al patético reino de la Muerte!
Ahora es el verano, y lo que fuera
un meandro apacible entre la umbría
de tarayes, de sauces y de álamos,
me mueve a reflexión, me arranca un treno
de piadosa ternura, pues ¿qué queda
de este lugar sagrado, de este río
de infinita salud y esparcimiento,
si el hombre con su atávica fiereza
en él ha puesto su violenta mano?

Por eso hoy te recuerdo, bella griega,
jugando junto al río de tu infancia.
Mas vana es nuestra espera. Nada vuelve.
Ni tú, ni yo, ni el agua, ni este río,
volveremos a ser. Lo dijo Heráclito.
Desnudo como un pez en la ribera
no volverás a ver a Ulises. Lejos
el mar se lo llevó. Y ya sus velas,
rozando el cielo, el horizonte inmenso,
no sabemos si son nubes o espumas.

